

Un siglo de migraciones a los Estados Unidos: la reconfiguración del Valle de Tangancícuaro*

Por Iván Jiménez Maya**

* Artículo recibido en octubre de 2009.

Artículo aprobado en diciembre de 2009.

** Licenciado y Maestro en Geografía por la Universidad Nacional Autónoma de México.

Introducción¹

El presente artículo analiza dos temas de relevancia para la geografía actual, el *espacio rural* y la *migración*, con base en el análisis del espacio y los elementos que lo conforman, como los propone Milton Santos (1986), a saber: *los hombres, las empresas, las instituciones, el medio ecológico y las infraestructuras* —cada uno de ellos implícito en este trabajo—. A partir de ellos pueden entenderse las distintas reconfiguraciones que se han presentado en ese espacio rural, ligadas al proceso migratorio México-Estados Unidos.

Por un lado, los elementos que conforman el espacio, enumerados por Santos, independientemente de que cada uno cuente con características y dinámicas propias, no podrían entenderse si no se analizan en su conjunto. Asimismo, la interacción e interdependencia funcional que opera entre estos elementos delata el grado de influencia que cada uno ejerce en concreto sobre las manifestaciones espaciales, influencia que se ve reflejada en las escalas, desde la global hasta la local. El Valle de Tangancícuaro, la escala más pequeña, sufre al mismo tiempo la influencia de cada una de las demás escalas y crea una configuración espacial con características propias.

¹ Este artículo es parte de una investigación más extensa que llevo a cabo para elaborar mi tesis doctoral en Geografía.

Por otro lado, las migraciones son determinadas por procesos históricos vinculados a desarrollos de innovación económica y tecnológica y a condiciones políticas y fenómenos de modernización donde intervienen diversos actores, todo ello en el contexto del modo de producción capitalista. Éste origina espacios de desigualdad que son aprovechados para dotarse de una mano de obra que, bien reducida al desempleo o bien mantenida en condiciones laborales nada favorables, le resulta sumamente provechosa para la obtención de más elevadas ganancias.

La movilidad sin precedente de la población, principalmente la empujada, ha dado lugar a la transformación de las relaciones sociales en las regiones de origen y a la configuración de nuevas relaciones en las zonas receptoras, además de cambios en la conformación del espacio. Parecería que todo este aparente caos ahí presente no beneficia a nadie y abre el paso a más desorden, pero en realidad todas las transformaciones tienen una lógica en la cual los beneficiarios directos son los capitales de los países centrales receptores de la fuerza de trabajo migrante. El capital saca provecho del desorden estructural de las sociedades periféricas, de donde parten flujos del proceso migratorio contemporáneo en cantidades nunca antes conocidas (Jiménez, 2007, 2).

El proceso migratorio de mexicanos a los Estados Unidos ha estado presente por más de un siglo en las relaciones de los dos países, pero para los fines de este artículo se analizarán únicamente los periodos migratorios más significativos ocurridos durante el siglo XX y referidos al Valle de Tangancícuaro, del estado de Michoacán. El Valle es un lugar eminentemente rural y en él se observa de qué manera los elementos del espacio, que enumera Santos, desempeñan un papel importante, por sus propias características dentro del proceso migratorio. Tienen un peso determinado en la conformación del espacio, debido a las interacciones que se presentan entre ellos. Si solo se considerara el análisis de la migración de manera bilateral, sin tomar en cuenta esos otros elementos, y se redujera solo a *lugar de origen-lugar de destino*, no se estaría adelantando un estudio cabal y conveniente.

Es necesario emprender el análisis de cada uno de los elementos en su justa dimensión, a fin de valorar correctamente la influencia que cada una tiene sobre el asunto de este artículo. La migración de mexicanos a los Estados Unidos desde el Valle de Tangancícuaro se ha visto alentada tanto por factores externos (necesidad de Estados Unidos de aprovechar esa fuerza de trabajo para el desarrollo de distintos sectores de su economía) como internos (conflictos internos mexicanos, falta de empleo, crisis, necesidades de capital para hacer que la tierra produzca y medios para la reproducción social). Allí entran en juego los elementos del espacio antes mencionados, que permitirán entender las sucesivas reconfiguraciones de este territorio rural.

Antecedentes de la migración

La migración de mexicanos a Estados Unidos puede documentarse desde mediados del siglo XIX (con posterioridad a la guerra de 1847, cuando México pierde más de la mitad de su territorio). Como estima Gastélum (1991, 26), ella tuvo como detonante masivo el desarrollo tecnológico del ferrocarril, una vez que la estación Paso del Norte (Chihuahua) recibió el primer tren del Ferrocarril Central Mexicano. Las nuevas vías acercaron materias primas de México a la demanda estadounidense y, a la vez, facilitaron la migración de trabajadores mexicanos a ese país. Éstos fueron contratados para la construcción ferroviaria en San Antonio (Texas), San Louis (Missouri), Santa Fe (Nuevo México), San Francisco (California), Kansas City (Kansas) y Chicago (Illinois).

La mano de obra mexicana fue empleada también en labores agrícolas y mineras. En el transcurso de los primeros años del siglo XX tal demanda aumentó en la cosecha de algodón, betabel, frutas y legumbres. La expansión del algodón a nuevas regiones coincidió con los primeros movimientos de la guerra civil mexicana acaecidos en 1910 y muchos grupos de trabajadores fueron empleados conforme la producción creció en el suroeste. De ahí nació la plantación a gran escala de Texas, basada en el uso de trabajo migratorio mexicano (Alanís, 2000, 14).

Durante la Primera Guerra Mundial y a lo largo de la década de los años veinte el reclutamiento de mexicanos para realizar trabajos temporales en los Estados Unidos se incrementó. Posteriormente, a raíz de la crisis estadounidense de 1929 –llamada la *Gran Depresión*–, se presenta una expulsión masiva de emigrantes mexicanos, aproximadamente 500.000 personas –aunque en muchos casos los deportados fueron ciudadanos estadounidenses de nacimiento–, lo cual resultó en una baja de la población emigrante de origen mexicano de la época, aunque la migración no se detuvo totalmente.

Como una manera de institucionalizar la migración de mexicanos a Estados Unidos, se acudió a la firma de acuerdos de contratación, encaminados a que tales personas laboraran en ciertos sectores de la producción estadounidense durante dos periodos específicos del siglo veinte, enmarcados por las dos guerras mundiales, a saber: el primer Programa Bracero (1917-1918) y el segundo y más conocido Programa Bracero (1942-1964), ambos suscritos por los gobiernos de los dos países para afrontar las necesidades de mano de obra de la parte estadounidense, aunque en esos años se presentaron muchos casos de indocumentados mexicanos que ingresaron a Estados Unidos para realizar, más que todo, trabajos temporales. Las principales actividades en las que se emplearon estos emigrantes fueron las agrícolas, de construcción y mantenimiento del sistema ferroviario estadounidense y de la industria metalúrgica. Más adelante agregaremos algo al respecto.

Los flujos migratorios tienden a modificarse a partir de los años sesenta del siglo XX. Los emigrantes tienen una estancia más permanente en el país del norte y se trasladan cada vez más a centros urbanos. Ahora proceden en gran medida de las áreas urbanas de México y no de las rurales, como había sucedido en los decenios anteriores. Pero también es una época en que un considerable volumen de la migración al vecino país está indocumentada, por no existir ya el Programa Bracero; los emigrantes se encontraron con la inercia migratoria de ida y vuelta, sin otra opción que cruzar hacia los Estados Unidos de manera irregular, corriendo todos los riesgos que abrigaba tal acción.

La Ley de Reforma y Control de la Inmigración (Irca, por su sigla en inglés), de 1986, se convierte en un detonante del desplazamiento de personas, y muchas más se establecieron en Estados Unidos de manera legal; a la vez, los emigrantes ya legalizados podían financiar a los miembros de su familia para que se reunieran con ellos en ese país. A partir de esta coyuntura se establecieron en el vecino país norteamericano redes migratorias que unían aldeas y pequeños pueblos mexicanos con destinos en Estados Unidos, y de esa manera se facilitó la migración de la mujer, los adultos jóvenes solteros y hasta los migrantes urbanos, que utilizaban los vínculos de sus pueblos de origen para emigrar a dicha nación. La migración se vio estimulada también por las crisis económicas recurrentes que sufrió México en las décadas de los ochenta y noventa; ellas fueron especialmente agudas en el campo y en diversos tipos de industrias, y provocaron la salida de población rural y urbana (esta última mayor que la primera) hacia los Estados Unidos.

Existe además una relación que toca las estructuras de ambos países y que se materializa en un mercado de trabajo binacional en el cual a los emigrantes mexicanos les corresponde la función de operar como ejército industrial de reserva del capitalismo estadounidense. Las migraciones europeas llegaron a Estados Unidos a poblar, mientras la mexicana llegó a trabajar, a laborar en un mercado de trabajo secundario, estacional y flexible, que se puede ampliar o achicar de acuerdo con sus necesidades o ritmos estacionales y que no repercute en los índices nacionales de empleo.

Con la implantación del neoliberalismo en México en el último tercio del siglo XX, la migración se vuelve preferentemente indocumentada, cosa que encuentra su principal explicación en la precariedad de ciertos sectores de la economía, así como en la necesidad de obtener salarios que puedan satisfacer los requerimientos de una vida digna. Al laborar de manera irregular, los emigrantes asentados en los Estados Unidos encuentran condiciones de precariedad en el empleo, cosa que beneficia directamente a la economía de ese país, ya que, por un lado, ellos obtienen ingresos por debajo de los establecidos por la ley, y por otro lado estos trabajadores indocumentados generan una derra-

ma económica que no les es retribuida en prestaciones sociales y de salud, y, al contrario, se pretende criminalizarla.

El proceso espacio-temporal de la migración en el occidente de México

Durante la época colonial y la independiente el movimiento de personas del occidente mexicano hacia los territorios del norte se dirigió preferentemente a Nuevo México, la Alta California, Texas y una parte considerable de los estados de Chihuahua, Coahuila y Tamaulipas (actualmente estados de la Unión Americana: California, Arizona, Nuevo México, Texas, Nevada, Utah, parte de Colorado y porciones de Oklahoma, Kansas y Wyoming). El suceso migratorio ocurre desde principios del siglo XIX y continúa a lo largo de ese siglo, hacia territorio de lo que después serían los Estados Unidos, ya que las regiones del norte pertenecientes a México, mencionadas atrás, pasaron a formar parte de la Unión Americana luego que México los perdiera en la guerra de 1846-1847 y fueron formalizados con la posterior firma del Tratado de Paz Guadalupe Hidalgo, en 1848.

Los movimientos de población que se presentaron desde comienzos del siglo XIX tenían principalmente dos razones: el poblamiento de territorios y los lazos comerciales entablados mediante la arriería. Sin embargo, como lo señala Fernández-Ruiz (2003: 36), los antecedentes más remotos de la migración al norte hay que buscarlos en las tentativas oficiales que siempre había procurado el gobierno mexicano: poblar las áreas nortenas. En palabras de este autor, el fenómeno ocurrió por “los intentos de colonización de Texas en 1819 y de California en 1837, que llevaron a varias familias del altiplano y del Bajío a asentarse en los territorios nortenos”, a lo que se agregaba la tradición trashumante de los arrieros del occidente mexicano que viajaban incesantemente hasta aquellas remotas regiones y mantenían el nexo de comunicación con el resto de la nación. La residencia temporal o definitiva de mexicanos más allá del río Bravo, así como las andanzas arrieriles de aquellos trotamundos, con-

formaron, de hecho, la primera red de relaciones sociales, que comenzó a facilitar el establecimiento de un circuito migratorio entre dos áreas tan distantes como son el sudoeste de los Estados Unidos y el oeste de México. Para 1872, un vecino de Cotija ya hablaba de ir al Norte. Porque no era cosa solamente de andar por largos caminos y marchar lejos; había que “cacaraquear” la hazaña: regresar a contar lo visto y lo vivido, o cuando menos correr ampliamente la noticia y hacer partícipe al terruño y los paisanos de la novedosa aventura y sus triunfos, a despecho de riesgos, vicisitudes y sufrimiento.

Al igual que del Occidente de México, desde finales del siglo XIX salieron grandes contingentes humanos del estado de Michoacán a laborar a los Estados Unidos, casi siempre en calidad de braceros; a trabajar en la expansión ferrocarrilera que integró el medio y el lejano Oeste norteamericanos; a ocupar los puestos de menor calificación y mayor desgaste en la —entonces— incipiente industrialización del contorno de los Grandes Lagos; a levantar como peones las cosechas y a apacentar los ganados en las inmensas áreas del suroeste recién abiertas a la producción; a producir primero y consumir después bienes y servicios; a extraer, procesar, transformar, fabricar, servir, construir, demoler, limpiar, armar y vender los más disímiles productos de nuestra era; a contribuir, en fin, con su vida y su esfuerzo al parto y amamantamiento del “sueño americano” (Fernández-Ruiz, 2003, 33).

Si se tienen en cuenta las diferencias intrínsecas de cada época, que le imprimen características propias a cada periodo migratorio, la migración de finales del siglo XIX, que presentaba flujos muy importantes de pobladores michoacanos con dirección a los Estados Unidos para trabajar en el ferrocarril, muestra algunas similitudes con los flujos migratorios que se presentarían medio siglo después y que continúan hasta la actualidad. La migración de la época del porfiriato² tenía como detonante la baja re-

² El porfiriato es la etapa de la historia de México que corre entre 1876 y 1911, que corresponde al gobierno de Porfirio Díaz y que solo se interrumpió entre 1880 y 1884 con el periodo presidencial de Manuel González. Díaz gobernó ininterrumpidamente del 1 de diciembre de 1884 al 25 de mayo de 1911. La filosofía en que se basó el porfiriato fue el positivismo, que predicaba el orden y la paz, pilares de ese gobierno, caracterizado como autoritario y represor y que terminó siendo una dictadura cruel.

muneración de los asalariados, que en su mayoría servían como peones acapillados³, medieros⁴, jornaleros y arrendatarios en las haciendas de la época, en condiciones bastante difíciles y de honda explotación del trabajo que tornaban complicada la satisfacción de sus necesidades inmediatas, indispensables para el logro de su reproducción social. Es importante no olvidar la necesidad que el vecino país del norte tenía de la mano de obra mexicana para su desarrollo capitalista.

Es así como empieza una frecuencia importante de viajes, en este circuito migratorio pendular de ida y vuelta, por temporadas del año, para ir a laborar a los Estados Unidos, tanto en el campo como en los ferrocarriles y en otras ocupaciones, y regresar de nuevo a México. Así pasaba durante varios años, hasta que en algunos casos la familia completa –madre, padre e hijos– emigraba para establecerse en los Estados Unidos. Fue una dinámica muy similar a la que se presentó durante el periodo del segundo programa bracero. Para dar una mejor idea de la manera como ocurría este flujo durante el porfiriato conviene hacer referencia a lo que Mora-Torres (2006, 27) comenta:

“Estos pioneros michoacanos trabajaban ocho meses en el ferrocarril y luego regresaban a México. La mayoría regresó con dinero en sus bolsillos, ropa nueva y otros bienes que representaban el éxito en el norte. A pesar de que regresaban a sus pueblos, después de unos cuantos meses regresaban a los Estados Unidos, pero ahora con sus propios medios. En su segundo viaje, usualmente llevaban a un hermano, primo o amigo. Para la mayoría, ésta no era una decisión difícil de tomar, ya que ‘podía ganar un dólar al día en los Estados Unidos mientras que en las haciendas michoacanas ganaban tan solo 25 centavos (en

³ Fuerza de trabajo sujeta a trabajo semiesclavo en las haciendas porfirianas. Se les remuneraba con reducidos salarios en efectivo y derechos de habitación, un minifundio y ración alimentaria, principalmente de maíz. Ver Fonseca y Moreno (1984, 82)

⁴ La mediería es un contrato agrícola de asociación, en el cual el propietario de un terreno rural (llamado *concedente*) y un agricultor (*mediero*) se dividen, generalmente en partes iguales, el producto y las utilidades de una finca agrícola. La dirección de la hacienda corresponde al concedente.

ese entonces un dólar equivalía a dos pesos). Una vez de regreso en los Estados Unidos, trabajaban ocho meses en los ferrocarriles y luego regresaban a México. Muchos de ellos dieron tres, cuatro o más viajes de ida y vuelta. En la mayoría de los casos, ellos se llevaban a más y más gente con ellos, incluyendo a familias enteras. Una vez que la familia se establecía en los Estados Unidos, los viajes a Michoacán se volvían menos frecuentes”.

Características geográficas del Valle de Tangancícuaro

El Valle de Tangancícuaro se encuentra ubicado en el noroeste del estado de Michoacán, en lo que varios autores denominan el Bajío Zamorano. Calleja (1986, 330-331) señala que Luis González nombra como Valles de Zamora a los que se localizan al noreste de la depresión del Lerma y como la región central a los valles del noroeste. Aunque los valles de Zamora comprenden las tierras planas de 28 municipios, el Bajío Zamorano propiamente dicho se limita a los valles más occidentales, que son los de la Guarucha, Chavinda, Ciénaga de Chapala, Ecuandureo, Churintzio, Tlazazalca, Purépero, Tangancícuaro y Zamora. Al Valle de Tangancícuaro lo integran la cabecera municipal Tangancícuaro y cuatro tenencias de Francisco J. Múgica, Gómez Farías, San Antonio Ocampo y Valle de Guadalupe.

En general, estas comunidades rurales tienen en común su vocación agrícola y su migración, que desde hace más de un siglo es de larga data y alta incidencia. Desde la época colonial hasta bien entrado el siglo XX, en el Valle de Tangancícuaro se establecieron distintos tipos de asentamientos humanos, que a su vez crearon dos estancias ganaderas, las de Tierras Blancas y Taramécuaro, y cuatro haciendas (Canindo, La Guarucha, Noroto, Junguaran y su rancho-hacienda Camécuaro) para el uso y aprovechamiento de la tierra y donde se cultivaba principalmente trigo y maíz.

Espacio rural y migración desde finales del siglo XIX hasta el primer tercio del siglo XX

Durante los años de la *pax porfiriana*⁵, tangancicuarenses emprendedores le dieron nuevo lustre al pueblo con sus negocios: el comercio, la explotación maderera y la arriería enriquecieron no solo al pueblo sino a la región entera. Los negocios progresan, se diversifican y adoptan técnicas modernas; la arriería —aunque ahora en menor escala— se recupera, las haciendas crecen, los molinos se dotan de maquinaria de propulsión hidráulica y de vapor, se amplían el monto y la calidad de las actividades artesanales. Pero, como adversa consecuencia del crecimiento demográfico, de la siempre injusta distribución de la propiedad de la tierra y de los medios de producción, además de la falta de capacidad de expansión de algunas de las actividades económicas y productivas, comienza también la tan famosa migración de nuestros paisanos a los Estados Unidos (Fernández-Ruiz, 2003, 12).

Mora-Torres (2006, 27) describe de la siguiente manera la migración que se presentó en la región de Zamora a principios del siglo XX:

“Para 1910, los efectos de la migración se sintieron en zonas clave de Michoacán; por ejemplo, Zamora ‘es el centro de una —o quizá el distrito agrícola más importante— de donde vienen nuestros peones’, comentó un investigador estadounidense. Para ese entonces, Zamora empezó a sufrir la ausencia de mano de obra, como declaró un hacendado: ‘estamos tan escasos de brazos, que en esta estación de siembra de maíz pasada no se abrió una raya para sembrarla (...) pues con el pretexto del norte que se van a hacerse ricos, nos vemos sin gente’. El prefecto de Zamora dijo: ‘Cada año aumenta la migración de trabajadores de este distrito de Zamora a los Estados Unidos (...) la corriente de emigración aumenta cada año de tal manera que hay poblaciones

⁵ Referencia a la paz impuesta a sangre y fuego durante el gobierno de Porfirio Díaz. Se utiliza como referencia del término *pax romana*, un largo periodo de paz impuesto por el imperio romano a los pueblos por él sometidos, pero que en realidad fue una paz armada.

como Purépero que se quedan sin hombres trabajadores; y varias haciendas y ranchos que son abandonadas a causa de la emigración”.

A inicios del siglo XX, gran parte de la población campesina vivía en condiciones no muy favorables, ya que muchas de las familias laboraban para las haciendas, de donde apenas obtenían lo suficiente para sobrevivir con su trabajo en la mediería y la concesión de *echaros*⁶. Con el estallido del movimiento revolucionario se presenta entonces un considerable flujo migratorio hacia los Estados Unidos, como relata Fernández-Ruiz (2003: 13):

“Pronto se desvanecen los progresistas sueños porfirianos. El movimiento revolucionario llega al terruño en el año de 1911, y de inmediato se levantan en armas (...) si la revolución no se manifestó mucho localmente se debió a que los revolucionarios tangancicuarenses eran en su mayoría propietarios y empleados que luchaban a favor de principios meramente políticos (...) con todo y eso, se iba despoblando la Villa: presas del temor por la guerra, primero, las asonadas y la epidemia de influenza española, después, las familias que pudieron hacerlo se mudaron a las grandes ciudades, mientras que otros –buscando refugio seguro– se marcharon al famoso ‘Norte’”.

Con la posterior promulgación de la Constitución de 1917, derivada del movimiento revolucionario de 1910, se establece el reparto de tierras y a la vuelta de los años se comienza con la Reforma Agraria. Es a finales de los años veinte cuando se pone en práctica el reparto de tierras a gran escala en la región. Los terrenos de las haciendas son repartidos y pasan a convertirse en ejidos, propiedad comunal y pequeña propiedad. Conviene recordar que esta última forma de propiedad se presenta desde mediados del siglo XIX, como resultado de la descomposición-recomposición de la gran propiedad, representada en algunas haciendas de la región.

En esta época de la Reforma Agraria, una cantidad considerable de habitantes de las comunidades del Valle de Tangancícuaro se vuelven ejidatarios

⁶ Denominación tarasca de los pegujales. Eran tierras ubicadas en los cerros, donde se cultivaba. Ver Fonseca y Moreno (1984, 85).

y pequeños propietarios y, a pesar del reparto agrario, algunos de los nuevos agricultores, con el fin de poder obtener más dinero para poder aprovechar las tierras de que habían sido dotados, vuelven sus ojos al norte en busca de empleos que les permitan un ingreso que les facilite la inversión en sus tierras.

El Valle y el Programa Bracero de 1942-1964

El Programa Bracero, que fue desarrollado durante la Segunda Guerra Mundial, se enmarcó dentro de un acuerdo diplomático bilateral, bajo el entendimiento de las dos partes, México y Estados Unidos, de que únicamente funcionaría durante esa guerra y de que ello constituía una contribución mexicana al esfuerzo bélico (Driscoll, 1996, 234-235).

Pero el convenio sería ratificado por un par de décadas más, hasta que el 31 de diciembre de 1964 los acuerdos se dan por concluidos, como resultado de presiones internas de los Estados Unidos. La continuación del Programa Bracero más allá de la Segunda Guerra Mundial fue determinada por las coyunturas de los conflictos de Corea y Vietnam —donde incluso hubo migrantes oriundos del Valle de Tangancícuaro al lado de muchos otros migrantes mexicanos que lucharon en las filas del ejército estadounidense—, así como por la necesidad de mano de obra que tenían los Estados Unidos en sectores productivos como las explotaciones agrícolas, los ferrocarriles y otro tipo de industrias fundamentales para el funcionamiento y desarrollo de la nación en ese periodo, cuando la fuerza de trabajo propia se encontraba en los frentes de batalla o había sido desplazada a industrias prioritarias y, claro está, mejor remuneradas que aquellas donde trabajaba el grueso de los migrantes extranjeros.

Pero asimismo, como explica Machuca (1990, 135), las causas de esta migración a los Estados Unidos residen en el proceso de industrialización y en el abandono de la tierra durante la década de los cuarenta; ellas constituyeron las manifestaciones “expulsoras” de la migración mexicana a los Estados Unidos. Se calcula que durante los primeros años de la mencionada década el 16% de

la población rural mexicana abandonó su tierra. En el lapso de 1940 a 1944 la migración del campo con destino a la industria mexicana fue de alrededor de 200.000 personas, mientras que cerca de 125.000 (es decir, más de la mitad) salían a trabajar en las granjas y ferrocarriles de EU como “braceros” o “es-paldas mojadas”.

Muchos campesinos mexicanos se enrolaron en el Programa Bracero y dentro de ese contingente se encontraban los oriundos del Valle de Tangancícuaro, todos hombres en edad productiva (padre e hijos). La motivación principal para que los campesinos se contrataron en el Programa fue la falta de empleos remunerados o la oportunidad de conseguir empleo dentro de sus comunidades, así como el paupérrimo ingreso que recaudaban después de largas jornadas de trabajo en sus tierras, cosa que hacía muy precaria la sobrevivencia familiar. Como consecuencia de ello, en esa época muchos hombres oriundos del Valle y en edad productiva se fueron a trabajar a los Estados Unidos, con o sin la respectiva documentación personal.

Varios ex migrantes que aún viven en el Valle de Tangancícuaro y que fueron entrevistados para que contaran su experiencia como migrantes relataron cómo fue el proceso de selección y contratación para la bracereada que tuvo lugar en el centro de reclutamiento que operaba en el Estadio Nacional de Ciudad de México:

“... al momento de pasar con los reclutadores se nos revisaban las manos, siendo este un primer filtro para verificar si en realidad éramos trabajadores del campo y ser así seleccionados como candidatos para obtener un contrato en los campos de Estados Unidos, ya que si no teníamos las manos maltratadas y callosas —secuelas de las duras labores del campo— se les excluía de la contratación por no ser aptos, ya que el trabajo a realizar lo tenía que hacer una mano de obra acostumbrada al campo, y para las duras jornadas de trabajo en el *fil*⁷ que les esperaban”.

⁷ *Fil*, del inglés *field*, que significa campo. Los emigrantes mexicanos designan con esa palabra el hecho de trabajar en el campo estadounidense.

Otros ex migrantes afirmaron haberse trasladado a Estados Unidos con papeles falsos que habrían adquirido en la frontera y haber trabajado en ese país bajo nombre supuesto, hasta que eran descubiertos por las autoridades, encarcelados por un tiempo y después devueltos al lado mexicano de la frontera, desde el cual volvían a cruzarla de manera ilegal, y así sucesivamente hasta que podían arreglar sus documentos de residencia, con lo cual podían trabajar, ahora sí, de manera legal y tener libertad de movimiento entre Estados Unidos y México. Ahora todo resultaba más fácil que cuando se encontraban sin papeles.

Respecto de la convivencia entre los migrantes que trabajaban en Estados Unidos, tanto documentados como ilegales, Fernández-Ruiz (2003) señala:

“Entre ambos flujos existía, por supuesto, relación y correspondencia; muchos de los que una vez habían ingresado bajo contrato y habían adquirido cierta experiencia, podían retornar por su cuenta, y hasta se daban el lujo de hacerse acompañar de familiares, parientes o amigos que no habían migrado antes, y conseguir para todos trabajo estacional con algún granjero. Ahorrándose el papeleo y evadiendo las regulaciones impuestas a la importación temporal de mano de obra, los patronos norteamericanos optaron por mantener vigente también esta opción, y con ambas modelaron el patrón migratorio que satisfacía sus necesidades, caracterizado por tres signos: masculinidad, temporalidad y sectorialidad”.

Al pasar a territorio estadounidense en busca de un ingreso superior al que podían obtener en sus comunidades, los migrantes, tanto documentados como indocumentados, permanecían en el vecino país por periodos de duración variable y regresaban a sus comunidades del Valle a emplear sus ahorros, conseguidos tras duras faenas en el campos agrícolas estadounidenses, principalmente para hacer producir sus propias tierras, fin primordial por el que muchos habían decidido irse de *braceros*. Esto trajo aparejado un ingreso de dinero (dólares) no registrado hasta entonces. Pasado algún tiempo del inicio de esta migración masiva al norte, la nueva situación empezó a reflejarse en el nivel de vida de las familias emigrantes y, por supuesto, de la comunidad en

general. Un primer signo de esta prosperidad fue la mejora experimentada en la capacidad del consumo familiar, las viviendas e incluso los servicios básicos de las poblaciones. Todo ello gracias al apoyo económico y el trabajo colectivo de los habitantes de cada una de las comunidades que ocupaban el Valle de Tangancicuaro.

De las cartas de la flor a la amnistía del 86

Siguiendo el camino trazado por los primeros emigrantes en el siglo XIX, secundados por quienes marcharon al norte durante el Programa Bracero de 1942-1964, el proceso migratorio continúa, pero con otras características, gracias a la obtención de la residencia de los emigrantes mediante cartas de ofrecimiento de trabajo entregadas por los patrones en Estados Unidos. De esa manera, a inicios de los años sesenta el dinamismo migratorio en el Valle de Tangancicuaro presenta un cambio respecto del que mostró a lo largo del Programa Bracero. De ser una migración en su mayor parte compuesta por varones en edad productiva y destinada a emplearse en distintos sectores productivos de los Estados Unidos, con una estancia temporal en ese país y con la idea de regresar a la comunidad de origen, pasa a ser una expresión esencialmente migratoria, que no había sido muy común en este proceso, caracterizada por la estancia legal y más prolongada en suelo estadounidense y en muchos casos conformada por la familia completa, que pasaba a vivir allí con las cabezas de familia de forma legal. Ejemplo de ello son las llamadas *cartas de la flor*; que son explicadas por López en el siguiente pasaje:

“A principios de los años sesenta Manuel Martínez Gómez, emigrante tangancicuareño, estuvo entregando cartas de ofrecimiento de trabajo para los Estados Unidos con las cuales se podía entrar a ese país y eventualmente arreglar documentos de residencia permanente; fueron las llamadas ‘cartas de la flor’ y aún hoy en día se dice que ‘eran muy buenas para emigrarse’. Las cartas eran expedidas por una compañía agrícola con sede en Los Ángeles, donde ofrecían trabajo seguro en el cultivo de las flores. En Tangancicuaro estas cartas eran sorteadas por el mencionado Manuel Martínez en su propia casa”.

La obtención de la residencia de estos emigrados en los Estados Unidos no solo los benefició a ellos sino que además detonó lo que a corto y mediano plazo sería una migración que se hizo extensiva a toda la familia (esposa e hijos, con la idea de tener consigo al resto de la familia, con todo lo que eso acarrearía). Así se aprovecha la coyuntura y, como resultado, el establecimiento de manera definitiva de la residencia familiar de una porción significativa de los habitantes del Valle de Tangancicuaro en la Unión Americana, que a la vez hace más corta la estancia cuando regresan a la comunidad de origen. Con la aprobación de la Ley de Reforma y Control de Inmigración de 1986 (Irca, por su sigla en inglés), conocida también como “Ley Simpson Rodino” y entre los migrantes como la *Amnistía del 86*, el 6 de noviembre de ese año se regularizan alrededor de dos millones de mexicanos. Todo ello en un intento de ejercer mayor control sobre los indocumentados del conjunto de las nacionalidades que había en Estados Unidos, así como de regular el número de los de origen latino.

Gastélum (1991, 182-183) refiere que la Irca fue producto de una conciliación de intereses imperantes en los Estados Unidos y fue elaborada para beneficio de la economía norteamericana. Además, fue el resultado de las presiones económicas de los diferentes grupos, entre ellos los granjeros y los patrones que contrataban indocumentados. Esquivel (2003: 154) coincide con lo narrado en el párrafo anterior por Gastélum, ya que argumenta que con dicha ley se podría argüir que estos cambios beneficiaron tanto a los intereses políticos como a los económicos. Por otra parte, la mayoría de las estipulaciones relacionadas con la legalización de trabajadores indocumentados y la emisión de permisos de trabajo temporales para extranjeros fue introducida o apoyada por legisladores cuyas carreras políticas habían dependido de los negocios agrícolas.

Muchos trabajadores tangancicuarenses, y en general emigrantes oriundos de las comunidades que conforman el Valle de Tangancicuaro (Francisco J. Múgica, Gómez Farías, San Antonio Ocampo, Valle de Guadalupe y Etúcuaro) y que se encontraban laborando en los Estados Unidos, tanto de manera documentada como indocumentada, se vieron beneficiados por esta amnistía,

que, como decíamos párrafos atrás, provocó un cambio a gran escala en la dinámica migratoria a los Estados Unidos. De ser una migración predominantemente masculina y en edad productiva, pasa a ser una migración en que toda la familia emigra con papeles en regla o, como se dice entre los migrantes, *se van arreglados*, gracias a que el jefe de familia que fue beneficiado por la amnistía del 86 formaliza los actos exigidos para que su familia pueda residir en los Estados Unidos, todos en un mismo país, bajo un mismo techo.

Por lo tanto, a raíz de la amnistía del 86, en esta migración se vio involucrada toda la familia y en los años posteriores al Irca se presentó una dramática disminución de habitantes de la región mexicana afectada, que varían de intensidad en cada una de las comunidades. A manera de termómetro de esta salida en familia hacia los Estados Unidos están los registros de la disminución de alumnos en las escuelas de nivel básico de las comunidades del Valle. Una referencia de la merma en la población local ocasionada por la emigración hacia los Estados Unidos en los años posteriores a la amnistía aparece en el testimonio de un profesor de nivel básico del Valle de Tangancicuaro:

“Uh, [la migración] se aumentó mucho. Hubo un tiempo en que hubo un documento que le llamaban la amnistía; creo que el patrón allá en Estados Unidos les hacía una carta para que toda su familia se la llevaran allá, para que no se estuvieran yendo y viniendo, y esa carta fue la que nos [afectó], pues hubo mucha deserción aquí en la escuela, porque con esa carta todos los de la familia arreglaron, todos se trasladaron a Estados Unidos, y esa fue la mayor afectación que tuvo aquí la escuela. Eso fue por ahí como en mil novecientos ochenta y ocho, por ahí, ochenta y nueve... Entonces muchos de esos que les dieron carta, pues, arreglaban, y al arreglar, arreglaban a toda la familia, y entonces se fueron, se fueron y no regresaban más. Y ahí fue donde nos afectó mucho, porque aquí la escuela tenía más de doscientos alumnos cuando yo llegué aquí, en mil novecientos ochenta y cinco... En después empezó poco a poquito, se fueron. No todos se fueron en un año; esto transcurrió en alrededor de unos tres a cuatro años. Se dio mucho la migración. Entonces nos quedamos, pues, ya con treinta, treinta y cinco alumnos, los que tenemos, después de tener doscientos veinte, doscientos diez, cuando yo llegué a traba-

jar en el ochenta y cinco. Ya tengo muchos años trabajando... Y el caso de la amnistía, ese fue el problema, cuando nos fregaron a todos en las escuelas... De tener tantos alumnos y ya nada más tener veinte, ¿cuánto bajó? Más de doscientos alumnos”.

El efecto no solo se sintió en población escolar. También propició un des-poblamiento significativo de las comunidades del Valle de Tangancícuaro y produjo una afectación en la dinámica general de las comunidades, que en su mayoría quedaron conformadas por gente de la tercera edad, algunas esposas y pocas personas jóvenes, tanto mujeres como hombres, y estos últimos con la esperanza de emigrar a los Estados Unidos con sus familiares en cuanto se presentara la ocasión. Por otro lado, están las afectaciones causadas al sector rural de estas comunidades, como el abandono y la consecuente caída en la producción de granos básicos que se tenía en estas comunidades, así como de la renta de las tierras por parte de los emigrados, a fin de que pudieran obtener un ingreso durante su estancia en Estados Unidos. Esto puede corroborarse en el testimonio del mismo profesor de la cita anterior:

“Si ha visto, nada más ha quedado gente grande, pues, gente que ya no le sirve a los Estados Unidos para el trabajo. Son los que están aquí, porque los que sí sirven son los que están allá, pues... y los que no han alcanzado a arreglar su pasaporte. Son los que vienen cada año, son los que están yendo y viniendo, los ilegales. Son los que se van de mojados, porque los que ya están documentados ya no vienen. ¿A qué se vienen, pues? Toda la familia la tienen allá. ¿A qué vienen aquí, pues, si ya más tierras quedaron, pues, solas? Mire usted: antiguamente, cuando yo llegué aquí, en los primeros años sembraban trigo, y después del trigo se empezó a sembrar el maíz, pero yo pienso que los agricultores vieron que esos productos no daban resultado. Después estuvo la fresa, pero como ya no hay gente, la fresa se vino abajo, y Tangancícuaro es la única zona donde hay fresa. Pero sí han afectado las migraciones: si se ve a leguas, es la realidad... Ya ve que las tierras ni valen, pues; a veces los señores, cuando vienen aquí, las prestan, ni siquiera cobran la renta... la prestan para que ahí no le vayan a crecer muchos árboles; es lo que quieren no más ellos: [arrendar la tierra] barato, barato: dos hectáreas, mil pesos”

La migración contemporánea en el Valle y sus efectos en el espacio rural

Al igual que hace cien años, muchas de las familias que habitaban el Valle de Tangancícuaro han pasado a los Estados Unidos para establecerse de manera definitiva, debido a las diversas oportunidades ofrecidas a los emigrantes para regularizar su estancia en el país. También pudo formalizarse la estancia legal de toda la familia, con la consecuencia de que no hay esperanza de que en algún momento estas familias regresen a vivir de manera permanente entre sus comunidades de origen, ya que allí no encuentran las condiciones necesarias para obtener empleo, o, si las hallan, los trabajos no son bien remunerados. Como decía un emigrante de la comunidad de Gómez Farías en referencia al trabajo en la pizca de la fresa, bien en su comunidad o bien en California, donde por cierto se encuentra toda su familia. Él es el único que continúa en México, con la esperanza de que le arreglen sus papeles y pueda emigrar al país del norte:

“De trabajar aquí en la pizca de la fresa, donde me pagan diez pesos por cubeta, prefiero trabajar en la pizca en California; allá me pagan más... Mira, es así: la chinga es la misma aquí y allá, pero la diferencia es que allá la paga es mejor. Por eso yo, en cuanto mi familia en Estados Unidos me pueda arreglar, me voy a California con mi esposa y mis dos hijos. Aquí no hay futuro”.

Los efectos de esta migración son visibles: casas bien construidas y de buen tamaño, pero provistas de candados en puertas y ventanas, signo de que se encuentran deshabitadas. Pero también en esas comunidades se crea un mercado laboral a partir de la migración, ya que existen mujeres de la confianza de los migrantes que por cien dólares mensuales cuidan y le hacen mantenimiento a las casas, como forma de obtener algún ingreso; son parte de las pocas personas empleadas que quedan en las comunidades. Puede ocurrir que los emigrantes, sean ejidatarios o dueños de pequeñas propiedades, al marcharse a los Estados Unidos presten o dejen abandonadas sus propiedades, pero mientras haya la posibilidad las arriendan para obtener así un ingreso extra y en algunos

casos para solventar el costo del transporte a los Estados Unidos en su migración anual; si carecen de documentos identitarios, para pagar al *coyote* que les ayudará a cruzar la frontera.

En la actualidad, en muchas de las tierras –tanto ejidales como de pequeña propiedad– de las comunidades de J. Múgica, Gómez Farías, Valle de Guadalupe y San Antonio Ocampo, que forman parte del Valle de Tangancícuaro, el olleto⁸ y el maíz son los dos principales cultivos. En una porción de las tierras de las dos primeras comunidades puede observarse una cantidad considerable de parcelas abandonadas o no aprovechadas para algún cultivo, debido a que muchos de los dueños de esa tierra se encuentran en los Estados Unidos viviendo y trabajando y no explotan sus propiedades. En el Valle de Guadalupe, como en San Antonio Ocampo, la existencia de tierras abandonadas es menor, ya que en la mayor parte de ellas se siembra maíz y olleto, ambos cultivos forrajeros. El olleto requiere pocos cuidados y baja inversión y arroja abundante producción, con buenos réditos económicos.

Es de resaltar la siembra de fresa y mora, frutos conocidos como cultivos depredadores⁹. Se presenta más que todo en las márgenes de los cuerpos de agua, en las comunidades de Gómez Farías, Tierras Blancas y Valle de Guadalupe, por parte de agroindustrias californianas de la fresa, como Dole y Driscoll. Allí se emplea la técnica de riego por goteo, así como el cultivo de fresa y mora a cielo abierto y en túnel (tipo invernadero). Los cultivos cubren una cantidad significativa de hectáreas de las comunidades y ocupan tanto tierras ejidales como de pequeña propiedad, expandiéndose cada día más sobre el terreno. Cabe mencionar que las tierras que explotan las agroindustrias no las han comprado; únicamente son arrendadas, con todas las afectaciones que esto implica.

También existe una pequeña porción de productores locales –ex migrantes que han encontrado el modo explotar esos cultivos a partir de su experiencia

⁸ Tipo de pasto forrajero que sirve de alimento al ganado.

⁹ Se les denomina cultivos depredadores debido a la gran cantidad de agroquímicos y fertilizantes que requieren, así como a las grandes cantidades de agua, que dejan a largo plazo, con gran deterioro de las tierras de cultivo.

laboral como pizcadores en los Estados Unidos—; las tierras son en parte de su propiedad, mientras otras están arrendadas a otros campesinos. De acuerdo con testimonios de los habitantes de estas comunidades, alrededor del 80% de la población de estas comunidades se encuentra en los Estados Unidos, principalmente en California, Kansas, Chicago y Texas.

Conclusiones

La migración a los Estados Unidos comienza en esta región desde la segunda mitad del siglo XIX y continúa durante todo el siglo XX. Se han presentado distintas olas migratorias ligadas a las necesidades de mano de obra de los Estados Unidos —la construcción de vías de ferrocarril y los Programas Braceros, así como la constante demanda de mano de obra barata en distintos sectores de la producción estadounidense—. A ello se añade la búsqueda por los pobladores de un mejor ingreso para satisfacer sus necesidades, ya que, como se analizó a lo largo de este artículo, el Valle de Tangancícuaro ha sido y es eminentemente un espacio agrícola. A lo largo de la historia la región ha contado con distintos propietarios que han usufructuado estas tierras: Iglesia, hacendados, terratenientes, ejidatarios, ejidatarios-emigrantes y pequeños propietarios, y solo en los últimas décadas se han instalado empresas agroindustriales extranjeras.

En los distintos periodos vividos a partir de finales del siglo XIX puede observarse que muchos de sus pobladores han debido afrontar coyunturas de diversa índole: falta de tierras por estar ellas en manos de hacendados y terratenientes, conflictos armados, falta de insumos para explotar la tierra, carencia de medios económicos para la explotación agrícola, tecnificación del campo en el siglo XX; tales condiciones han obligado a los habitantes del valle a volver sus ojos al Norte, en procura de ingresos menos bajos que puedan apoyar la explotación adecuada de sus tierras. Esta opción, a la vez que ha aportado beneficios, ha creado problemas en relación con el proceso migratorio.

Los patrones migratorios que se presentaban antes de la amnistía del 1985 cambian de manera constante e irreversible. Antes de dicha amnistía la migración se concentraba en hombres de edad productiva (padres de familia o hijos, o ambas generaciones); después de ella se convierte en migración de los restantes miembros (madres, hijas e hijos menores de edad). En esas condiciones, el tipo y la cantidad de las personas que migraron a Estados Unidos cambiaron, originaron un despoblamiento generalizado y el abandono de las tierras de cultivo y las comunidades en general. Y aunque se trata de comunidades dotadas de infraestructura y de todos los servicios públicos, son pocos los que disfrutan de ellos la mayor parte del año, ya que los emigrantes solo regresan a su terruño por temporadas, principalmente en la vacacional, y lo que menos se desea entonces es realizar los arduos trabajos agrícolas, que con sus padres y abuelos eran prácticas muy socorridas y parte de la vida de estas comunidades, y de donde obtenían buena porción de los productos que les daban sustento. Los antiguos trabajadores de la tierra dejan ahora su aprovechamiento en manos de otros actores, principalmente capitales estadounidenses agroindustriales, como en el caso de la producción de fresa, mora y zarzamora, aunque en menor medida se presentan productores mexicanos que realizan la misma producción.

En la actualidad, en el Valle de Tangancícuaro se observa, por un lado, un mosaico de distintos tipos de propiedad, de los cuales la ejidal y la pequeña son las principales, como producto de los distintos momentos históricos que han reconfigurado este espacio rural y le confieren una complejidad de características singulares. Sin este antecedente sería difícil comprender la actual conformación, que es la base para el análisis de los procesos que suceden dentro de ese espacio. Por otro lado, después de una migración regional hacia los Estados Unidos casi ininterrumpida a lo largo de cien años, se opera el despoblamiento y abandono de las tierras de cultivo y nuevos actores se hacen presentes, con lo que la reconfiguración de este espacio rural sigue adelante.

Bibliografía

Alanís Enciso, Fernando Raúl, 2000, “El gobierno de México y la repatriación de mexicanos de Estados Unidos”, Tesis doctoral en Historia, México, El Colegio de México/Centro de Estudios Históricos.

Calleja Pinedo, Margarita, 1986, “Zamora: la formación de la burguesía”, en Herrejón Peredo, Carlos, 1986, *Estudios Michoacanos I*, Zamora, El Colegio de Michoacán.

Driscoll, Bárbara, 1996, *Me voy pa' Pensilvania por no andar en la vagancia*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Unam-Centro de Investigaciones sobre América del Norte (Cisan).

Esquivel Leyva, Manuel de Jesús, 2003, *La migración de trabajadores mexicanos hacia Estados Unidos, 1848-1994*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa/Facultad de Derecho y Ciencia Política de Los Mochis.

Fernández-Ruiz, Guillermo, 2003, “Crónica sincrónica de la migración michoacana”, en López Castro, Gustavo, editor, *Diáspora michoacana*, México, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán.

Fonseca, Omar y Lilia Moreno, 1984, *Trabajando en tierras ajenas... que eran nuestras. Jaripo, pueblo de migrantes*, Michoacán, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”.

Gastélum Gaxiola, María de los Ángeles, 1991, *Migración de trabajadores mexicanos indocumentados a los Estados Unidos*, México, Coordinación General de Estudios de Posgrado/Facultad de Derecho/Unam.

Jiménez Maya, Iván, 2007, “El proceso espacio-temporal de la migración de mexicanos a los Estados Unidos”, Tesis de maestría en Geografía, México, Posgrado en Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, Unam.

López Castro, Gustavo, 1986, “Tangancicuaro: población y migración”, en Herrejón Peredo, Carlos, 1986, *Estudios Michoacanos I*, Zamora, El Colegio de Michoacán.

Machuca Ramírez, Jesús Antonio, 1990, *Internacionalización de la fuerza de trabajo y acumulación de capital: México-Estados Unidos (1970-1980)*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Mora-Torres, Juan, 2006, “El origen de la migración de michoacanos a los Estados Unidos”, en *Presencia michoacana en el Medio Oeste*, Federación de Clubes Michoacanos de Illinois, México.

Santos, Milton, 1986, “Espacio y método”, en *Geocrítica*, número 65, Universidad de Barcelona, Barcelona.